

panoamericana, sino nacional; y como una obra de arte con valores universales [1, 7].

Una novedad que aporta esta antología es que cada cuento, además de una nota biográfica y bibliográfica, va acompañada de un comentario, en una o dos páginas de extensión, sobre el estilo y la estructura narrativa. Ha deseado el autor, con esta utilísima modalidad "propagar un método analítico que tal vez sirva de base para la interpretación y el mayor aprecio de los cuentos que se han escrito..." (pág. 9, tomo 1). Gracias a este derrotero que nos entrega el autor de la antología, vamos los lectores guiados con mucha precisión y claridad, provecho que no siempre dejan las antologías, sobre todo cuando, en vez de ser una muestra ordenada y sistemática, constituyen una invitación al caos y a la vaguedad.

Los dos volúmenes de *El cuento hispanoamericano* permiten un juicio muy aproximado acerca de la proyección y riqueza del cuento en nuestros países, y, si es cierto que podría indicarse nombres de ausentes —tarea siempre fácil al reseñar una obra antológica, porque qué cuesta citar, por caso, a Carpentier, Marqués, García Márquez, Monterroso, Piñera, Denevi y otros no representados en estas páginas—, respetemos la selección que quiso ordenar el autor y no suspiremos por la recopilación que pueden hacer, o querrían hacer, los que escriben las críticas y reseñas.

El campo es amplísimo, Menton ha cumplido su tarea con donaire y penetración. ¡Vengan otros sembradores que le sigan!

JUAN LOVELUCK

<https://doi.org/10.29393/At404-55NCJL10055>

*Novelistas contemporáneos hispanoamericanos*, por FERNANDO ALEGRÍA. Boston: D. C. Heath and Co., 1964. [323 pp.].

ESTE NUEVO LIBRO de Fernando Alegría puede considerarse, en cierto modo, como una prolongación del tema de su *Breve historia de la novela hispanoamericana* (México, 1959), pues extiende las consideraciones críticas hasta el proceso actualísimo de la novelística hispanoamericana. No se trata de una antología de novelas, sino de una recopilación de novelistas: éstos pueden estar representados por narraciones breves o cuentos, o por fragmentos de sus novelas más afamadas.

Los once autores seleccionados han nacido en este siglo, y el mayor de ellos es Rogelio Sinán (1904). Sin duda esta cronología traduce el propósito de Alegría: dar una muestra —una de las varias posibles— de lo que es hoy nuestra literatura narrativa y, por otra parte, comprobar que, fuera de los límites de la novela tradicional o superregionalista, hay valores que debemos tomar en cuenta, al lado de las figuras "clásicas". Y, por cierto, reconoce el autor que su antología es una de las tantas posibles, si se observa el momento actual de la novela y el cuento nuestros: "Por cada uno de los autores aquí seleccionados pudiera nombrar tres o cuatro de igual talento y relieve, dignos todos de la atención del lector. Sirva, entonces, esta antolo-

gía como punta de lanza para otras selecciones que contribuyan a difundir la obra de los novelistas de las generaciones del 40 y del 50" (p. 7).

Los autores que figuran en esta selección son: Carlos Martínez Moreno (*El simulacro*), Ernesto Sabato (un fragmento de *Sobre héroes y tumbas*), Carlos Droguett (*Magallanes*), Juan Rulfo (tres cuentos de *El llano en llamas*) Carlos Fuentes (un trozo de *La muerte de Artemio Cruz*), Augusto Roa Bastos (fragmento de *Hijo de hombre*), René Marqués (*En la proa hay un cuerpo reclinado* y *La hora del dragón*), Mario Benedetti (*Familia Iriarte*, *Casa tomada*), Marco Denevi (*Boroboboo*, *El Emperador de La China*, *La cola del perro*), Adalberto Ortiz (*Ojos de aramo y la madre del agua*, fragmento de *Juyungo*), y, por último, Rogelio Sinán (*Lulú ante los tribunales*).

El autor ha tenido el acierto de presentar textos, como esa pequeña obra maestra que es *Boroboboo*, tomados de publicaciones periódicas no accesibles fuera del país de origen del escritor, cuando éste no ha llevado todos sus relatos a la forma de libro, por las dificultades entre las que transcurre la existencia de nuestros artistas. Otras veces, recurre al relato inédito, como ocurre con *Magallanes*, de Carlos Droguett, el único chileno que aparece en la antología. Los lectores, en general, apreciarán la oportunidad de conocer a jóvenes autores como René Marqués o Marco Denevi. Otras figuras del volumen están consagradas en dimensión suficiente, pero nunca es ociosa la forma o la visión en que Alegría nos los presenta.

La habilidad crítica de Fernando Alegría, y su muy preciso conocimiento del proceso actual de nuestra novelística, quedan manifiestos en las páginas prologales. Si breves por necesidad, encierran muy válidas afirmaciones, que conviene tener en cuenta. Por ejemplo la categórica afirmación —página 1— acerca de la "franca e irremediable decadencia" de la tradición regionalista. La tendencia universalista de la narrativa de hoy es, en cierto modo, una reacción en contra de un modo de contemplar la realidad que era unilateral en su presentación casi exclusiva del hombre anulado en el marco de un paisaje amenazante. Como muy bien sintetiza Alegría: "Los maestros del regionalismo hispanoamericano —Rómulo Gallegos, José Eustasio Rivera, Mariano Azuela, Benito Lynch, Ricardo Güiraldes, para nombrar a los más afamados— dieron excesiva importancia a la tarea de comprender las relaciones físicas del hombre con un ambiente que le es hostil, descuidando los nexos más trascendentes del espíritu. Al humanizar la pampa, la selva, las montañas y los ríos, en realidad deshumanizaron al hombre" (p. 1).

Para cualquier observador de la novela y el cuento actuales resulta evidente esta verdad. A los escritores que se empeñaron por decenios —y algunos lograron en esta tarea dimensión altísima— en crear *la imagen del hombre sumido o perdido en la maraña geográfica*, han sucedido los autores de dimensiones y aspiraciones universalistas: aquellos que persiguen *la creación de una nueva y cabal imagen del hombre hispanoamericano y sus problemas de hoy*. Los hispanoamericanos de hoy que no traducen ni *Los*

de abajo, ni *La vorágine*, ni *Don Segundo Sombra*, ni *Doña Bárbara*, a pesar de que esas obras "ejemplares" rescataron imágenes, presencias y asuntos disputablemente nuestros.

Los libros citados, y otros de los primeros cuarenta años de este siglo no resisten la que pudiéramos llamar prueba de la actualidad. No nos reconocemos en el magistral espejo que nos presentan; es que en ellos "algo... ha quedado definitivamente fuera de foco: un nuevo mundo ha crecido velozmente transformando campos y ciudades; el complejo de factores culturales, sociales y económicos ha creado una forma de vivir que no es la descrita por esos novelistas del pasado; hay un lenguaje que nos es común a todos y que, en vez de ahondar las diferencias locales, tiende a ponernos en comunicación más estrecha con los pueblos del mundo contemporáneo" (pp. 1.2).

Así, la intensa tarea del novelista de nuestros días ha consistido en descubrir formas apropiadas para contenidos no expresados o que el relato tradicional descuidó. En esa hora, resulta natural que nuestros escritores buscarán, para sus posibilidades nuevas, a los maestros de la narración norteamericana o europea. Tuvieron que convertirse en negadores de sus padres, aunque no cortaron el hilo de sangre que los unía con ellos; el mundo que querían revelar y el hombre que les preocupaba eran, en el fondo, los mismos, aunque se requerían otras vestiduras y más hondas indagaciones. Por tales razones los novelistas de la hora actual se esfuerzan por "mostrarnos dimensiones inesperadas en la vida de los pueblos hispanoamericanos. El paisaje, reducido a necesaria medida, se integra a la existencia diaria. Está en la novela porque el hombre vive dentro de él, no porque el novelista se asome de vez en cuando a darle una mirada en busca de lo pintoresco o exótico. Desaparecen gradualmente las fronteras entre la ciudad y el campo. Han disminuido las distancias. El tractor invadió las tierras del caballo. Los descendientes de las viejas comunidades indígenas no vagan ya por las márgenes de un río sin fin o por una meseta sin orillas: encontraron el camino de la ciudad y comienzan a vivir el segundo acto de su drama..." (pp. 2-3).

Frente al punto de la influencia de la novela extranjera en la hispanoamericana, asunto polémico y de vasta posibilidad de discusión. Alegría se inclina a una comprensiva justificación. No hay duda de que los novelistas hispanoamericanos, mientras quisieron revelar el conflicto hombre/geografía, es decir, en la etapa superregionalista, pudieron sentirse a sus anchas en los esquemas de la novela realista española, con las modificaciones que vinieron al caso. Pero al descubrir nuevas posibilidades y situar el centro de la indagación en el hombre interior, iniciaron un enlace más definido con las formas de la novela contemporánea, a través de las modalidades narrativas de Proust, Joyce, Faulkner, Virginia Woolf y tantos más, en lo que con legitimidad podía servir a sus incesantes búsquedas y desvelos experimentales. (Esto no supone la postulación de "que la novela hispanoamericana contemporánea se haya ido forjando exclusivamente sobre modelos foráneos", como se indica en la página 4). Por estos caminos, nuestros na-

rradores han podido crear "un estilo de novelar mientras descubren un esitlo de vivir" (p. 6).

Uno de los méritos —entre otros varios de este libro— es la muestra, a través de unos quince textos, de lo que actualmente ocurre, de norte a sur, en el rico panorama del relato iberoamericano. Además de encarecer la selección y las páginas teóricas que la orientan, destacamos la calidad de cada breve presentación de los once autores. Todas ellas son pequeños estudios en que se dan la mano con gran soltura el exégeta y el creador.

JUAN LOVELUCK

*Direcciones del modernismo*, por RICARDO GULLÓN. Madrid: Editorial Gredos, 1963. (Colección "Campo abierto", 13). [242 pp.].

LAS INDAGACIONES SOBRE el modernismo no cesan, a pesar de lo que pudiera creerse. El hecho de haber sido frecuente el asedio de este *ismo*, sobre todo por los hispanistas norteamericanos desde Erwin K. Mapes a Iván A. Schulman—, no restringe el campo, capaz aún de buenos frutos. Cuatro volúmenes, por lo menos, pueden citarse como publicados en los dos últimos años en torno al modernismo: nos referimos a los libros de Juan Ramón Jiménez, Manuel Pedro González, Bernardo Gicovate y Ricardo Gullón. Emilio Carilla tiene otro libro en preparación sobre el tema, y ya ha anticipado el estudio correspondiente a un modernista semiolvidado: Ricardo Jaimes Freyre\*. La explicación de por qué la bibliografía sobre la renovación modernista crece y crece tiene, en parte, explicación en la necesidad rectificadora de cronologías equivocadas, conceptos falaces y juicios emitidos con más gratuidad que conocimiento certero. Digámoslo con palabras del propio Gullón: "... los exégetas, para taponar las brechas abiertas en su dogmática por la incontenible avalancha de los hechos, arbitraron signos de referencia para los fenómenos modernistas situados más allá o más acá de las fechas asignadas al "movimiento". Llamaron precursores a quienes escribieron antes de Rubén, anticipando su línea, y postmodernista a quienes escribieron después, continuándola. Y como el nombre crea la cosa, "precursores" y "postmodernistas", quedaron reconocidos como realidades sustantivas, independientes" (p. 68).

El ensayista español Ricardo Gullón sale al campo de batalla —esta verdadera batalla de la crítica, por implantar algunas verdades irrecusables sobre el modernismo, tan vapuleado en antologías e historias literarias, a veces— con un ágil libro, en el que se exponen muchos juicios propios y se rehuye un gran aparato erudito —casi no aparecen notas al pie de página ni el autor se ha interesado por incluir al final de su libro un repertorio bibliográfico, lo que, por cierto sería absurdo censurar.

Los diez capítulos en que se ordena *Direcciones del modernismo*, nos permiten una división nítida de su contenido: los numerados de uno a cua-

\*Nos referimos a *Ricardo Jaimes Freyre*, por Emilio Carilla. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas, Ministerio de Educación y Justicia, 1962. [167 págs.].